



Presentación

Equipo Acuerdo Social

Venezuela vive días de incertidumbre y de sentimientos encontrados. Es responsabilidad de las instituciones académicas y científicas contribuir al sosiego y la esperanza. Tal ha sido la tarea que este equipo se ha propuesto desde que empezamos a vincular los esfuerzos desde nuestros diferentes sitios de docencia e investigación desde el año 2000. Hemos tratado de informarnos y analizar para tratar de entender lo que puede que aún no comprendamos con exactitud: ¿qué es lo que está pasando en el país?

Venezuela lleva años enredada en esa pregunta. Desde principios de los ochenta se han desmoronado ante nuestros ojos los principales consensos sociales que, hasta entonces, sostuvieron las bases de nuestro sistema político y modelo de desarrollo. La lenta destrucción de la economía petrolera rentista y el empecinamiento del sistema político por sostenerla, sin enfrentar el reto histórico de la diversificación de las exportaciones, se fue traduciendo en uno de los más espectaculares procesos de empobrecimiento masivo que haya vivido país alguno de la región.

Entre 1979 y 2002, la pobreza se duplicó y la extrema se triplicó. De ser un país con un envidiable 75% de hogares con ingresos medios, hemos pasado a ser un país donde sólo un tercio de su población tiene un trabajo estable y que recibe unas remuneraciones acordes con sus niveles de productividad. El resto, es decir la espantosa cifra de dos tercios de la población, vive al día, deambulando entre trabajos eventuales y de muy mala paga, cuando no en un sempiterno desempleo o subempleo obligado por la falta de oportunidades o la carencia de capacidades.

Fue la pobreza la que se llevó a la democracia y sus instituciones. Fue la pobreza la que puso el país “patas arriba”. Esas mayorías silenciosas, que fueron ignoradas por la frivolidad criolla petrolera, hace tiempo que irrumpieron en la realidad del país para dejar en claro que no es posible alcanzar el desarrollo y la aspiración que todos tenemos al logro material y la superación personal, familiar y colectiva, si a dicha realización no estamos todos invitados.

Si repasáramos la sucesión de fracasos (populistas o neoliberales) que ha tenido la Nación en estos últimos 25 años puede que uno de los rasgos que insistentemente se repite es el de la falta de acuerdo. Ninguno de los gobiernos, desde Luis Herrera Campíns hasta Hugo Chávez Frías, ha logrado convocar a toda la Nación a favor de un proyecto común y unos medios específicos para lograrlo. Puede que los obstáculos no sólo hayan sido carecer de planes, también ha faltado la colaboración y la voluntad de los distintos grupos del país para transformar lo que es evidente que ya no sirve. Ninguno de los planes de los distintos gobiernos que mediaron entre 1978 y el presente ha contado con el consenso de los venezolanos. Puede que por ello todos hayan fracasado.

Venezuela está de acuerdo con lo que quiere, pero está profundamente dividida en cómo lograr lo que aspira. Hoy como ayer contamos con un punto de partida importante para volver a la tarea de enrumbar al país por la senda del crecimiento económico y el bienestar social. Los venezolanos están de acuerdo en su aspiración por la modernidad y acceder a los bienes del desarrollo. Es por ello que cualquier proyecto que proponga una cosa distinta, que pretenda detener el desarrollo o impregnar de ascetismo rural a las motivaciones de los venezolanos, irá en contra vía de lo que son los deseos y las aspiraciones del país. El problema, el desacuerdo, no está en el objetivo, en la meta social compartida. El disenso, la falta de acuerdo, es en los medios, en la forma de acceder al desarrollo.

Nosotros creemos que desde un punto de vista técnico, Venezuela tiene oportunidades y alternativas para superar la actual situación. Si algún país de la América Latina tiene posibilidades y ventajas para continuar con la senda del desarrollo y la superación de la pobreza, ese es Venezuela. Pero aprovechar las ventajas que tenemos y encauzar por un mismo camino los esfuerzos de los distintos grupos sociales del país, requiere de un acuerdo social, de un nuevo vínculo aglutinador e integrador, donde todos nos sintamos reconocidos en nuestros intereses y podamos palpar los resultados en forma de progreso, ascenso social, dignidad humana y respeto por los derechos civiles y políticos que son ya acervo de la humanidad.

El vínculo aglutinador deberá ser un proyecto político. Entendemos por proyecto político un conjunto de ideas integradas y coherentes que son capaces de inducir la acción de múltiples grupos de interés. Tales ideas son interiorizadas por los diversos grupos y, en razón de un consenso de medios y fines, actúan coordinadamente en el largo plazo. El proyecto político es el que permite la alineación de los intereses de los grupos diversos, dota de una perspectiva de largo plazo a las acciones y los resultados (superándose así las contradicciones y conflictos inmediatos), reduce las incertidumbres dentro y fuera del país (permi-

tiendo la necesaria estabilidad), y constituye uno de los componentes de la integración social necesaria para solidificar una Nación.

El proyecto político se nutre de ideas para conformar el plan, pero éste sólo cristaliza si se encarna en un acuerdo. Los acuerdos, la decisión compartida de llevar adelante un plan, no surgen de la nada, requiere de personas y grupos que lo construyan. Cuando una sociedad dispone de instituciones políticas representativas, los acuerdos se construyen con mayor facilidad. Pero cuando dichas estructuras no existen o son muy débiles (es decir, muy pocos se sienten representados por ellas), entonces la construcción de los acuerdos parece una tarea imposible.

En la Venezuela de hoy, y como parte del proceso de destrucción institucional al que sometimos al país, no hay instancias de representación de intereses. Desde hace mucho tiempo son eventuales o efímeros los liderazgos que logran encauzar voluntades de grandes porciones del país. Por años, las únicas instituciones que gozaron de credibilidad fueron los medios de comunicación, la fuerza armada y la Iglesia. Instancia que no pueden, ni deben canalizar intereses particulares, dado que somos una nación que se pretende secular, democrática (civilista) y plural. Son los partidos políticos, sindicatos, gremios y asociaciones de todo tipo, los encargados de construir el consenso. Carecer de ellos, en el sentido del escaso alcance del nivel de representatividad que tienen, es causa y consecuencia de la inexistencia de un acuerdo sobre un plan que “prenda” en Proyecto Político.

Este grupo de profesores universitarios se viene reuniendo, escribiendo, discutiendo, presentándose en foros y conferencias, cree que su colaboración para construir el acuerdo social consiste en elaborar ideas y propuestas para el país. Tratar de nutrir, como también lo hacen otros grupos, el debate de la sociedad desde los problemas que tiene el pueblo. Elaborar propuestas desde las preocupaciones que todos tenemos sobre asuntos como la inseguridad personal, el desempleo, el acceso y la calidad de la educación, las carencias del sistema de salud, la necesidad de disponer de un sistema de judicial limpio y accesible, la superación de nuestros bajos índices de productividad y de la precariedad laboral, la definición institucional del petróleo como oportunidad para el desarrollo, el mantenimiento de los equilibrios básicos que hacen confiable una economía para invertir en ella, todos estos temas, y muchos más que aquejan directa o indirectamente a la gente, son asuntos sobre los cuales hay que plantear ideas y someterlas a la consideración de los agentes sociales involucrados, sean ellos del sector público o privado.

Lógicamente esas ideas, las propuestas a los problemas, no pueden estar inconexas. Existen vínculos entre los problemas y si sus soluciones no se “atan” a algún “cabo” en común, las incoherencias llevarán al fracaso o a la inviabilidad de las proposiciones. El punto en común que

estamos proponiendo no se inscribe en los marcos normativos sobre los que “evangelizan” las teorías globalizantes (llámense ellas capitalismo, comunismo, liberalismo o socialismo). Partimos de una premisa pragmática, la cual descansa en el problema del empleo (como causa fundamental de la pobreza). Ella nos permite disponer de una óptica común que garantice la coherencia requerida para la elaboración de propuestas específicas y por sectores. De resto, y para asuntos más agregados en materia económica y política, puede que nos baste acogernos al consenso nacional que nos pretende como un país democrático, de economía de mercado y con un Estado fuerte (aunque no asfixiante de la iniciativa privada), dado que no vamos a desperdiciar la ventaja de ser beneficiarios de una renta internacional del suelo, puesto que somos y seremos para todo futuro previsible un país petrolero.

Ahora bien, ¿quién recoge esas ideas?, ¿quién va construyendo el acuerdo? En una ocasión, reunidos con unos parlamentarios españoles, ellos nos decían que la base fundamental para que un país se ponga de acuerdo sobre un plan o proyecto político (refiriéndose al Pacto de la Moncloa, claro está) es que finalmente, los grupos que en España hasta hacía muy poco no querían ponerse de acuerdo, pues un día quisieron. Parece entonces que alcanzar un acuerdo, con las instituciones sociales que se tengan (las cuales como se entenderá en la España post-franquista también eran bastante débiles), pasa por el convencimiento (de todos) de que sin un acuerdo la continuidad de la vida del país sencillamente no es posible.

Venezuela ha pasado varias veces por esa situación en los últimos años. Hemos sentido después de cada estallido social, Golpe de Estado, crisis económica, paro general, atentado con explosivos, encarcelamiento político y confrontaciones callejeras, que la vida del país puede llegar a ser intolerable y angustiosa. Todos esos conflictos los hemos superado a medias. Nadie con honestidad puede asegurar que los sucesivos eventos violentos y trágicos de la historia reciente del país produjeron salidas que nos acercaran más al logro de los objetivos nacionales. Después de cada crisis lo que ha quedado es la semilla de una nueva crisis. En otras palabras, hemos vivido los momentos aciagos, pero de ellos no ha surgido el convencimiento de lo que debemos hacer para que no nos vuelva a ocurrir. Ni después del 27 de febrero de 1989, ni después de ninguno de los ajustes económicos, ni después del referéndum del 15 de agosto de 2004, somos un mejor país.

Nada garantiza que lleguemos a un acuerdo social que permita el desarrollo y la superación de la pobreza. El consenso social no surge de la tragedia, del evento extracotidiano que impacta las conciencias. El consenso social que necesita Venezuela hay que construirlo y nuestro aporte consiste en producir contenido que creemos puede ser compartido por vastos sectores del país. Probablemente lo que formulamos no

son las mejores ideas, las propuestas técnicas más cercanas a la perfección académica. Ello es así porque lo que proponemos no sólo pretende tener una razonable consistencia técnica, sino que, lo más importante, trata de tener la oportunidad de ser puntos de confluencia para los distintos grupos del país, y si para ello hay que sacrificar algunas “purezas” técnicas, creemos que la viabilidad social y política de las reformas lo justifica.

En un contexto polarizado (con alguna artificialidad, por lo demás, dado el verbo encendido de los voceros de los grupos), nos han dicho que puede que resulte ingenuo pretender o impulsar un acuerdo social en las actuales circunstancias del país, cuando no hay comunicación y cuando están rotos los puentes entre lo gubernamental y no gubernamental. Sin embargo, precisamente, cuando no hay evidencias de acuerdo es que apostar por él se hace imperiosamente necesario.

Evidentemente, es más fácil construir acuerdos desde el poder. Obviamente, si el gobierno quisiese, le resultaría más sencillo procurar acuerdos que luego deriven en políticas públicas. Las reformas para la inclusión social, las políticas públicas para garantizar el acceso universal a la educación y la salud, los planes de inversión pública para reanimar el sector productivo y la generación de empleos, así como la vasta reforma institucional que necesita el Estado, podría construirse de manera acordada si existiese la voluntad desde el gobierno nacional. ¿Dicha voluntad existe?

Sobre lo anterior habría que decir tres cosas. En primer lugar, que no dejamos de abrigar la esperanza de que algún día esta administración (o algún otro gobierno, dado que suponemos que la alternatividad en el poder aún existe en Venezuela), se mueva en dirección a producir acuerdos en torno a sus políticas públicas. En segundo lugar, y ese es el motivo de este libro, cualquiera sea el momento para la convocatoria honesta e inclusiva al país, de algún lado habrá que sacar un conjunto de propuestas desde las cuales, al menos, iniciar la discusión del plan concertado y, por último, en tercer lugar, a nosotros nos ha tocado proponer y pregonar la necesidad de un acuerdo social desde la esfera no gubernamental. En democracia y con toda legitimidad alguien tiene que hacer ese trabajo y sabemos que no somos los únicos.

Llegados a este punto, debemos decir entonces que el propósito de este libro, y del grupo de profesores que lo redactaron, es el de convertirse en un papel de trabajo para la discusión de las propuestas que el país necesita para atender sus principales problemas. Si bien se pretende como un conjunto de propuestas integradas y coherentes, no es exhaustivo. Faltan muchos temas por tratar. La política internacional, el problema de la agricultura, el inmenso problema de la violencia y la inseguridad personal, los temas relacionados con la defensa nacional y el rol de la institución armada, la sostenibilidad ecológica del desarrollo,

el crecimiento económico por sectores y sus políticas de estímulos, son entre muchos otros temas, grandes ausentes de esta publicación. Aun cuando nos hubiese gustado tener desarrollados los apartados señalados, no tenerlos nos permite asegurar que se trata de un trabajo en realización y revisión permanente. Prueba de ello es que invitamos al lector a mantener actualizado este libro a través de la página web del grupo (www.acuerdosocial.com), así como la página de discusión semanal en el periódico Últimas Noticias.

Probablemente serán muchos los foros, talleres y discusiones que organizaremos junto con este libro. El debate abierto y democrático es absolutamente necesario para ir generando los consensos que el país requiere. Ese será el próximo paso de este equipo de trabajo, el cual se encuentra abierto y próximo a quienes quieran contribuir con esta idea de construir un acuerdo social para Venezuela.